



CARTA XXX Y ULTIMA

MANUEL A MELCHOR

Campeche, 4 de Enero de 1825.

¡Ah, querido mío! No sé si tendré valor para darte hoy los espantosos pormenores de unas escenas tan formidables, como las que he presenciado hace pocas horas. La impresión de la novedad, de mi infinita sorpresa, ha sido tan viva, que aún me siento oprimido, despedazado bajo su siniestro influjo. ¡Qué espanto y qué desolación, amigo mío! A fuerza de decirnos á menudo que los secretos juicios de Dios son incomprensibles, no acostumbramos detener la reflexión en esta tremenda verdad. Pero esta verdad acaba de herirme como un rayo: el golpe ha sido fulminante, y estoy vencido, postrado en

CAPILLA A FONERIA  
UNIVERSIDAD  
D. I. V. I.

presencia de la majestad del Señor para tributarle humildemente toda mi adoración. No hay remedio; al delincuente, tarde ó temprano ha de sufrir el condigno castigo: una mano invisible ha de empujarlo á pesar suyo, por secretas vías, hasta arrojarlo en el fondo de un abismo. Abrumado estoy delante de esta terrible realidad; y lo estoy hasta un punto tal, que casi no puedo sentir, ni comprender de qué magnitud sea el dolor, el vivísimo dolor de haber visto partir á nuestro pobre amigo. ¡Ah! porque Antonio... nuestro infortunado hermano, partió al fin!!!

Haré por coordinar mis ideas como mejor sepa. Disimúlame si no soy bastante explícito en ciertos pormenores; pues que debo suponerte iniciado en los precedentes de toda esta historia. Escucha, pues, querido mío:

Luego que las mancebas de Cruvés fueron instaladas en San Lázaro, yo mismo, según recuerdo haberte dicho, aconsejé á nuestro amigo que aceptase la indicación del Dr. Moore y se pusiese en sus manos. Era preciso; y yo me convencí de la absoluta necesidad que existía ya de que saliese de una casa en que estaba tan expuesto á cometer un atentado, ó á caer en una demencia declarada. Tributé á Dios infinitas gracias de que el día de la cita estuviese tan próximo, para apartar de una vez al desgraciado enfermo de un

sitio en donde su permanencia era incompatible con la de aquellas miserables. Los nuevos informes que acerca de éstas adquirí, me ratificaron en mi determinación. Según esos informes, aquellas desventuradas víctimas de la inmoralidad y exquisita corrupción del pirata, habían sido presas por la fuerza en la Laguna, en donde cometían todo linaje de excesos y escándalos; y la fuerza fué empleada, por la resistencia que opuso un viejo que las encubría, en unión de otros varios individuos de apariencia sospechosa. De esa suerte, era casi seguro que Cruvés no dejaría de hacer alguna tentativa audaz para extraerlas de San Lázaro. El amor, con ese amor brutal que le era característico á las dos hermanas: en el diálogo de Cruvés y el capitán Sagarra, de que te habré dado cuenta Antonio, comprendió éste el grado de interés que ponía el pirata en reunirse á ellas, y aún temía ya algunas sospechas de que podrían ser víctimas de "alguna intriga." Ahora bien; ese bandido era capaz de todo: no le faltaban medios para ejecutar una empresa atrevida, dando un golpe de mano sobre el hospital. De esa suerte, la posición de nuestro amigo podría realmente hacerse más delicada y comprometida.

No había, pues, otro recurso que salir de la casa y escaparse á un país extranjero para precaver una catástrofe. Tampoco

se presentaba oportunidad mejor, que la que brindaba la ocasión de una entrevista con el Dr. Moore. De esa suerte, mi conciencia se arraigaba más cada momento.

Lo que sí me parecía duro y aun indigno era, que realizásemos un proyecto semejante sin conocimiento del Dr. Frutos y del capellán. Ambos habían sido los amigos y directores de Antonio durante su permanencia en el hospital, y habría parecido una villanía manifiesta fraguar una especie de fuga, sin explicarles, por lo menos, cuáles eran las razones que obligaban á tomar una resolución semejante. Yo propuse al enfermo mis observaciones, sujetándolas á su calificación.

—Convengo en ello, me dijo suspirando: no hay en verdad una cosa más justa. Respecto del capellán, nada tengo que reprocharle y estoy tranquilo: mas respecto del Dr. Frutos, el caso es diferente. Encárgate tú mismo de hablarle del asunto, y comunícale toda mi historia si es necesario, para que se compadezca de mis infortunios, y acepte la necesidad en que me hallo de partir.

Esta era la autorización de que yo necesitaba más, y supe desde luego aprovecharla. Sin que nuestro respetable amigo el doctor supiese todas las circunstancias del caso, parecíame difícil que llegase á dar su aprobación á la proyectada fuga; y aunque realmente él no tenía obliga-

ción ninguna de intervenir en ella para evitarla, sin embargo, es bien seguro que habría llevado muy á mal, y con razón, el que hubiésemos procedido sin sus consejos y amueñias. Estuvé por tanto en expectativa, para avocarme con él luego que viniere al hospital. Como visitaba diariamente á Antonio, muy luego se me vino la ocasión de hablarle.

—Mi querido doctor, díjele al tiempo de apearse de la calesa y en el momento en que yo despedía al escribano que vine á buscar á la ciudad; mi querido doctor, antes de que usted vea al enfermo, quiero hablar con usted un largo rato ¿hay inconveniente en esto?

—¡Quiah! me respondió el doctor con su habitual amabilidad. Puede usted decirme cuanto se le ocurra. ¿Es cosa que exige ser tratada en reserva?

—Sí, señor.

—En tal caso, voy á darle á usted un consejo, que espero aceptará. Venga usted conmigo á dar un paseo á pie por el camino de Lerma, y haremos que la calesa nos siga á respetuosa distancia. Con eso haremos algún ejercicio, que no será malo para usted ni para mí, aunque tanto medio lastimado del pecho; y si el paseo nos fatigase, apellaremos al recurso de la calesa. ¿No cree usted que es buen proyecto?

—Ciertamente, respondí yo, y doy á us-

ted las gracias por su bondadosa deferencia.

Y salimos del hospital.

Así que nos hubimos alejado un poco, después de algunas palabras que pudiesen servir de introducción, tracé al Dr. Frutos, con todas sus circunstancias y detalles, la ominosa y cruel historia de nuestro pobre amigo. Mi interlocutor me escuchó hasta el fin, sin dar la más ligera muestra de sorpresa. Como la medicina es una especie de sacerdocio, un médico es frecuentemente el depositario de los secretos más íntimos de la vida privada de un doliente; tiene que poner la mano hasta en las llagas del corazón; y el sufrimiento y las miserias de la pobre humanidad le son tan patentes, que nada llega á sorprenderle. El doctor lleva una larga práctica en su honrosa profesión: ha visto los males del género humano por todos sus aspectos: su sagacidad y firmeza de tacto le han hecho percibir y tocar el dolor bajo de cualquiera forma que se presente, y sabe cuál es el medio mejor de tocar una de esas heridas delicadas que vienten sangre, y que al más ligero descuido pudieran convencerse. Cualquiera que hubiese contemplado la imasible fisonomía del doctor, mientras yo le hacía el fiel relato de tantas y tan horrenidas desgracias que han caído sobre la cabeza de nuestro pobre amigo, le hubiera tomado

por un hombre indiferente y poco sensible. ¡Qué equivocación! Pero la sensibilidad exquisita de ese hombre, no se ostenta en vanas y especulativas contemplaciones; él acude á las vías prácticas para aliviar un dolor, dar un consuelo eficaz y un consejo oportuno. Tal fué su conducta en aquellos momentos: dejéme hablar hasta el fin, y cuando le hube manifestado la determinación de Antonio de acudir á la cita que le había dado el Dr. Moore, se detuvo, hizo aproximarse la calesa, me mandó entrarse en ella, colocóse á mi lado y volvimos de prisa al hospital.

Durante el regreso, no dijo sino estas pocas palabras, que recogí como las de un oráculo: "¡Demasiado sabía yo, cuál era el origen de esta desgracia! ¡Ah! en mi larga experiencia he llegado á saber, que la mayor parte de las miserias de esta especie, provienen siempre de una mala compañía! ¡Juventud, juventud! ¡De nada, pues, te valen los libros, ni los consejos de la edad madura, si un horrible desengaño no viene á llamar á tus puertas!"

A poco rato nos apeamos en la puerta del hospital.

El doctor se encaminó con paso acelerado á la habitación de Antonio: yo entré en pos para contribuir á explicar lo que nuestro respetable amigo quisiese decir al pobre enfermo. La escena que sobrevino es una de las más patéticas que he pre-

senciado en el curso de mi vida. El Dr. Frutos se acercó á Antonio, ocupado á la sazón en escribir: tomóle una de sus manos con la mayor cordialidad, miróle fijamente... y Antonio comprendió en el instante lo que pasaba en aquella alma, toda nobleza y generosidad. Alzóse el enfermo de su asiento, arrojóse á los brazos del doctor... y ambos lloraron; D. Juan Frutos dejando rodar dos gruesas lágrimas sobre la cabellera de nuestro desgraciadísimo amigo, y éste derramando un copioso raudal de ellas y sollozando amargamente. ¡Y yo había de ser impassible testigo de un incidente tan doloroso! Fué preciso llorar, porque todas las escenas que han ocurrido en esta triste historia demandan lágrimas, y lágrimas muy amargas.

—Parita usted, murmuró el doctor; parita usted con la conciencia tranquila. Los motivos que impellen á usted á abandonar este hospital son muy legítimos, y el hombre más severo jamás podría condenarlos. Tengo esperanza de que logrará usted una perfecta curación, y entonces... ¡con qué infinito placer volveré á verle!

—¡Ah, doctor! exclamó Antonio en medio de un gemido angustioso: es usted tan bueno y generoso, que me abruma y humilla... con esas dulces palabras... de perdón y de consuelo. Yo... yo he sido un ingrato, un impío para con mi amigo, mi guía, mi consuelo y mi médico.

—¡Eh! repuso el doctor haciendo por sonreírse. ¡Qué está usted hablando allá, hijo mío! Si le he tratado como á un amigo, no he hecho otra cosa que lisonjear mis propias inclinaciones; y esto ¿qué gratitud merece? En cuanto á médico, yo no hago más que cumplir con severidad los santos y augustos deberes de mi profesión, de la manera que he llegado á comprenderlos. Vamos: serénese usted y dejemos esto: necesita usted hacer sus finales preparativos, y es indispensable que los haga en perfecta calma y paz de espíritu. Yo he de verle y darle mis consejos hasta los postreros momentos de su residencia aquí. ¿Cuándo debe usted partir?

—La noche del día 2; respondí yo viendo que los sollozos sofocaban á Antonio.

—Muy bien, repuso el doctor: obrad de manera que la autoridad no impida esa fuga, figurándose que sólo es para permanecer en el país, en donde si bien se tolleran las demás enfermedades contagiosas que lo son sin disputa, ésta, que seguramente no lo es, no puede obtener consideración ninguna. Yo no me creo obligado en conciencia á impedir la salida de usted, supuesto que está justificado el fin que la mueve... Sin embargo, ¿por qué no he de decirle á usted amigo mío, que me pesa en el alma dejar de verle, asistirle y darle mis consejos? También soy hombre y sé sentir.

—Pero perdóne usted mis impertinencias, amigo mío: gritó el enfermo apoyándose en el pecho del doctor.

—¡Vamos! ¿No he dicho á usted que no hablemos de esto? Nada: serenarse, serenarse. Yo cuidaré de escribirle algunas instrucciones que acaso podrán servirle de mucho en la ocasión. ¡Ah juventud, juventud inconsiderada! ¡Cuán caro pagáis las más ligeras faltas, que vuestra indiscreción os hace cometer!

Y el doctor, al prorrumpir en este apóstrofe, hizo un penoso esfuerzo para separarse de los brazos de Antonio. Salió conmovido á la gallería, y se dirigió á la puerta, en donde su calesa esperaba. Este ademán brusco, que hacía patentes los verdaderos sentimientos de ese hombre generoso, me tranquilizó más que una larga y significativa expresión de ellos.

El doctor, sin saludar á persona alguna subió á su calesa y volvió á la ciudad. Cinco visitas más hizo á Antonio, á quien vió y abrazó una hora antes de salir del hospital. Penoso es para mí el recuerdo de estas entrevistas, que hacen un honor insigne al médico y al enfermo. En esos momentos críticos de dolor y angustia, bien así como en todos los precedentes, el Dr. Frutos ha sido para Antonio una segunda Providencia. ¡El cielo prolongue sus días, y sean siempre días de bendición!

Respecto del piadoso y filantrópico capellán, nada pude comprender sobre su modo de sentir en el asunto de la evasión de Antonio, ni éste tuvo por conveniente revelarme cosa alguna. La última entrevista que tuvieron fué en la mañana de anteayer. De entonces en adelante, el santo sacerdote estuvo en uno de los aposentos más lejanos, junto á la cama de un moribundo: allí estaba en los momentos de la partida. Es natural creer que se hubiese convencido de las razones que alegaría nuestro desventurado hermano para justificar su conducta, y que le daría sus instrucciones cristianas para caminar seguro en el nuevo sendero en que se ha lanzado. Mañana mismo debo despedirme de él, y entregarle dos mil pesos, que Antonio confía á su cuidado para emplearlos en ciertas obras de caridad y beneficencia, de que ha debido hablarle.

Apenas hemos tenido lugar de hacer uno ú otro arreglo en lo relativo á negocios. Esa alma ardiente y apasionada estaba enteramente absorta en sus meditaciones y proyectos. Una ú otra vez percibí en Antonio algunos deseos de volver á ver á las dos miserables que hoy se encuentran encerradas en San Lázaro; pero en guardia y sobre aviso, pude felizmente evitarlo. ¡Qué bien podría haberle resultado de una entrevista de esta especie! No: entre esas desventuradas, cuyo

destino se halla bajo la dirección visible del cielo, y nuestro infortunado amigo, nada podía haber de común. El horror invencible que ha llegado á concebir por ellas, no era conciliable con el deseo de un nuevo encuentro; y por lo mismo, era de temer algún funesto arrebató, que llegase á frustrar todos sus proyectos. En esta ansiedad, en este choque redoblado de emociones y contrariedades en que me hallaba, no veía el momento de ver consumada de una vez la salida del hospital. De hora en hora crecía mi convicción de ser indispensable prestarse á este sacrificio.

Acercábase el instante decisivo. Antonio y yo teníamos una fe viva y profunda en la persona del Dr. Moore, y estábamos seguros de que si algún accidente cualquiera llegase á poner obstáculos en la proyectada entrevista, el doctor tendría especial cuidado de hacer comprenderlo á tiempo, á fin de no comprometer la posición de Antonio. Un hombre tan fecundo en recursos, tan aleccionado en todas las situaciones de la vida, tan práctico y conocedor de los medios de acción, era imposible que no hubiese previsto lo todo. Así, pues, de este lado no teníamos temor alguno. Lo que era salir del hospital, no había cosa más fácil. Antonio tenía la más completa libertad de pasear en las cercanías, y ya le había sucedido pasar una

noche fuera, sin que nadie acatase á ello, pues disfrutaba plenamente de una confianza sin límites, de que por desgracia le era preciso abusar. Todo consistía en lograr ponerlo fuera del alcance de la policía, antes de que se echase de menos su persona. Por lo demás, yo me había trazado un plan de operaciones, y para mayor seguridad y rapidez en ellas tenía apostados, al cuidado de un mozo de confianza, dos vigorosos caballos ensillados, que nos esperaban detrás de las cercas de Buena Vista.

Llegó en fin la hora, que tanto esperaba y temía á un mismo tiempo. Esa hora había sido prefijada para las siete y media de la noche, que parecía ser la más conveniente para aprovecharnos del silencio y poca vigilancia que reinaba en la casa.

Salí primero, y no encontré en los corredores ni en la portería un solo individuo. Antonio salió en pos mía, agitado de una convulsión tan viva, que creí no pudiese avanzar ni un paso más. Yo no sabré explicarte de qué provenía esa agitación; pero tú que sabes perfectamente los odiosos pormenores de su triste historia, fácil te será comprender lo que pasaría en aquellos momentos, en el espíritu de este infortunado mancebo. El acostumbraba salir con frecuencia del hospital, de la manera más impasible; pero esa vez, esa postrera salida que iba á ser la decisiva

va, que los había aparecer como un prófugo y que tal vez le atraería el mismo sentimiento de animadversión que él experimentó la noche de la fuga de Regino, un cúmulo en fin de consideraciones parecieron detenerlo en la hora crítica. Vaciló en efecto; pero fué un instante no más. Contempló la puerta del hospital, la fachada ligubre y sombría del edificio, que la profunda obscuridad de la noche hacía más imponente y aterradora. exclamando:

—¡La sociedad! ¡Qué debo yo á la sociedad! Marchemos.

Y nos echamos á andar con dirección á la hacienda de Buenavista. Sin embargo de que yo había reconocido previamente el terreno y de que Antonio era suficientemente práctico en él, no dejaron de presentarse algunas dificultades. Casi se palpaban las tinieblas; el mar hervía con un rumor insólito; las ráfagas de una brisa helada nos herían el rostro, y allá en el fondo obscuro del mar, en los confines del horizonte, alzábase una inmensa y negra muralla de nubes compactas, que se hacían visibles en medio de aquel abismo de brumazón, en fuerza de su terrible densidad. Todos los signos indicaban la cercanía de un mal temporal; de un fuerte norte de los que dominan en la presente estación. Todo eso me tenía vívamente abrumado; pero me guardé mucho de signifi-

car á Antonio mis temores. "Fatur quo ostenta deorum... vocat. Jacta est alca." Estaba ya echada la suerte y era preciso someterse á todos sus resultados.

Llevaba yo del brazo á Antonio, y en esta disposición llegamos hasta las cercas de Buena-Vista al cabo de veinte minutos. Allí encontramos los dos caballos que aguardaban; dije al que los cuidaba fuese á esperarnos á la plaza de Lerma, y echamos por un camino extraviado que, á través de varias alturas, iba á salir detrás de las últimas casas del pueblo. Era preciso tomar estas precauciones para evitar algún fatal encuentro que frustrase el proyecto.

Marchábamos tropezando aquí y allí, y acaso habríamos sufrido alguna desgracia sin la firmeza y vigor de nuestros caballos. Yo había procurado escogerlos prácticos en el terreno.

Entre tanto, la brumazón crecía, la obscuridad se hacía más densa, el viento bramaba chocándose contra las piedras y alturas inmediatas, y sentía oprimirse mi corazón de un modo doloroso y terrible. Yo no sé qué vago y fatal presentimiento me acompañaba en aquella marcha nocturna y extraviada, aparte de la infinita é inexplorable angustia que me producía la situación misma.

Pocos minutos antes de las diez, según puede ver en el reloj, al brillo de un ciga-



ro, llegamos al sitio designado por el Dr. Moore. Antonio no había desplegado una sola vez los labios, ni yo me sentía con valor para dirigirle observación alguna. Apeámonos, até como pude los caballos; y avanzamos hasta la orilla. Nada: era imposible distinguir los objetos á la distancia de diez varas. Solo veíamos un obscuro abismo, sentíamos la vigorosa impresión del viento, y escuchábamos el espantoso bramido de las olas que se rechocaban con furor contra un enorme gánglio de rocas tajadas, conocido bajo el nombre de "El astillero," de cuyo sitio distábamos unos veinte pasos.

Después de unos momentos de contemplación silenciosa, apoyóse Antonio en mi hombro, diciéndome:

—¡Querido mío; si supieras cuán triste y atribulado tengo el corazón! Si ese hombre tarda más tiempo en venir, creo que voy á espirar sin verle. Siento una infinita congoja en el espíritu...

—Silencio; interrumpí yo, porque me había figurado escuchar el golpe de unos remos.

En medio minuto más, la verdad se nos hizo patente. Un bote tocó á la orilla, y de él saltaron en tierra dos hombres.

—¿Quién va allá?, preguntó la sonora voz del Dr. Moore.

—¡Ah, doctor!, exclamó Antonio: soy yo que le estoy esperando con ansia febril.

El doctor avanzó hasta donde estábamos y tomó la mano de Antonio, fijando en mí una mirada indagadora.

—¡Ah! ¿Es usted, caballero? dijo reconociéndome. Me alegro mucho.

Y convirtiéndose de nuevo á Antonio, cuya mano aún no había dejado, le dijo con un acento lleno de calma y admirable dignidad:

—Joven infortunado: yo he creído de mi deber acudir en auxilio suyo para redimirle de la estupenda desgracia que está sufriendo. Ha sido usted la víctima infeliz de un malvado... del cual he sido cómplice: Bien. la puerta de las reparaciones está abierta. ¿Quiere usted entrar por ella y seguirme?

—Sí; respondió Antonio con firmeza.

—Pero antes de todo, prosiguió el otro, es de mi deber anunciarle que si bien yo puedo hacer mucho por su salud, necesito que esté usted enteramente sometido á mi voluntad, y no ciertamente para esclavizar la suya, sino para lograr en su curación el éxito más completo.

—Aceptado, dijo Antonio.

—Pero exijo una recompensa.

—Daré á usted hasta mi vida.

—Yo no pretendo tanto. Sólo exijo que usted perdone á aquel desgraciado que le ha causado tanto mal.

—¡Oh! exclamó Antonio. Yo sé muy bien que debo perdonar á ese hombre:

hoy mismo he pensado cumplir de todas veras este deber, y me complace repetir mi promesa en manos de usted. Sí: yo perdono de corazón á Juan Cruyés.

—¡Ah! Bendita sea la misericordia de Dios: ahora podré ver á usted sin avergonzarme; exclamó la voz del hombre que había venido á tierra con el doctor.

Era nuestro amo Germán: aquel anciano padre que había sufrido calamidades tantas y recibido heridas crueles en las más caras de sus afecciones.

Antonio estrechó en sus brazos al sepulturero, y la imponente figura del doctor completaba aquel grupo descansando las manos sobre las dos cabezas.

Yo también fui llamado á tomar parte en aquella franca efusión de nobles sentimientos. El Dr. Moore estrechó una de mis manos, y el anciano Germán de los brazos de Antonio pasó á los míos.

—Es ya hora de partir, dijo el doctor interrumpiendo. De un momento á otro va á desencadenarse el norte, é importa á nuestra seguridad que no nos sorprenda en estas playas. Este anciano está resuelto á acompañarnos, y yo debo asegurarle un reposo después de tantas vicisitudes y amarguras. ¿No es verdad que vendrás, amigo mío?, preguntó dirigiéndose á nuestro amo Germán.

—Sí, señor; hasta la muerte tengo de

seguir sus huellas; respondió entusiasmado el anciano.

—En cuanto á usted, caballero; (dijo el doctor encarándose otra vez conmigo) creo que no pensará en abandonar su país para emprender una peregrinación remota.

Yo no pude responder á la observación sino con un gemido. Antonio hizo un esfuerzo para apañecer sereno y me dió un ósculo en la frente.

—Vamos, continuó el doctor con emoción; esta escena no puede prolongarse por más tiempo. Adiós. Quiero salir pronto de estas aguas, porque temo el encuentro de un buque sospechoso que he observado en la tarde de hoy...

El doctor se detuvo un instante como si prestase atención á algún ruido extraño. Luego prosiguió, tomando á Antonio de la mano:

—Tengo todavía esperanza de que, curado usted perfectamente de su dolencia, lucharemos juntos por una de las causas más nobles y gloriosas, que haya sostenido jamás un pueblo heroico. El grito de la independencia griega ha resonado de montaña en montaña, desde la Albania al cabo San Angel, desde el golfo de Salonia hasta la isla de Candia y...

El doctor volvió á interrumpirse bruscamente, haciéndonos un significativo ademán de silencio.

Yo no sé cómo explicarte, amigo mío, lo que ocurrió en aquel momento, porque recibí una impresión tan subitánea y eléctrica, que me encontré transido de pavor y horripilado de espanto. Al detenerse el doctor escuché un formidable grito de agonía, lanzado al parecer desde el fondo de las olas. Envuelto en una impetuosa ráfaga de viento, y acompañado del horrendo estampido del mar azotándose contra las rocas, aquel grito era de un carácter tan fantástico y chocante, que por lo pronto me fué imposible dominar la impresión.

—¡Dios eterno! exclamó el doctor. Ese grito es el grito precursor de la muerte: algún desgraciado lucha contra las olas.

Y sin permitirse ningún nuevo comentario, dirigió á la tripulación de su bote una orden precisa para arrojarse en la dirección por donde se había escuchado aquella especie de misterioso ahullido.

—¡Socorro, socorro, que perecemos! gritaron tres voces á un mismo tiempo.

—¡Cielos! repitió el doctor. Esas voces...

—¡Ah, ah! gritó Antonio despavorido: allí está Juan Cruyés...

—¡Mi hijo, mi hijo! interrumpió con desgarrador acento el sepulturero, lanzándose á obscuras en pos del doctor, que había desaparecido de junto á nosotros como una visión.

Sin poder dominar mi sobresalto, caí sentado en la arena, arrastrando en mi caída al pobre Antonio, que había acudido á refugiarse en mis brazos.

Un instante después, brilló sobre la roca más saliente del "Astillero" una luz vivísima, que brotaba de una linterna sorda que levantó el doctor sobre su cabeza para dominar completamente la escena.

—¡Por acá, por acá! gritaba el doctor; aquí está un bote que os recogerá...

—Hijo mío... te vas á estrellar contra estas rocas.

—¡Maldición! exclamó entonces una voz ronca y confusa.... ¡Viene usted á ser testigo!...

Sobre los fragmentos de un esquife venían nadando tres hombres. Eran Juan Cruyés, el capitán Sagarra y tío Melitón.

—¡Oh, maldito sea usted, Juan Cruyés!, dijo entonces el capitán Sagarra en medio de su cruel agonía. Ha querido usted redimir á sus mancebas... y vamos á perecer...

El doctor, teniendo sujeto de un brazo á nuestro amo Germán, que hacía esfuerzos por arrojarse al mar, gritaba á la tripulación de su lancha que avanzase, y animaba con su voz de trueno á los tres naufragos, que eran impelidos con una rapidez difícil de describirse, sobre aquel enorme gánglio, próximo á destrozarlos. Era ya imposible todo humano socorro.

El norte se desencadenaba en aquel momento; el viento y el horrendo rumor de las olas hacían confundirse todos los gritos.

¡Oh, qué lance tan formidable! Antonio estaba como muerto en mis brazos; á pocos pasos de mí.... ¡Qué horror! Todo lo he visto con un aire estúpido y extraviado!

La escena no duró sino tres ó cuatro minutos. Aquellos tres hombres, cuyos cuerpos se revestían de formas infernales al brillo de la linterna, fueron arrastrados inevitablemente hacia aquel abismo.... Sus gritos é imprecaciones.... su lucha tenía algo de infernal y superior á toda descripción. Corrí.... abandonando á mi pobre amigo para ver si podía ayudar... llegué...; pero no fué sino para presenciar la final catástrofe. Aquellos tres cuerpos fueron estrellados en una masa confusa contra las puntas de las rocas... la resaca volvía á llevarlos hasta cierta distancia... los impelía de nuevo... hasta que llegó á confundirse todo en un montón de carne, sangre y huesos destruidos... ¡Cielo santo, qué espectáculo!

—¡Padre mío! gritó entonces el sepulturero. Estás vengado: yo también era delincuente.... porque te abandoné en la mayor miseria.... ¡Ah! Llegó el día del castigo.

El doctor se alejó de aquel sitio tra-

yéndose casi arrastrado al infeliz anciano; comunicó sus órdenes á los que tripulaban su lancha, y luego volvió ésta á su sitio primitivo.

Antonio yacía sin sentido, y todo era para mí una confusión terrible.

El Dr. Moore parecía multiplicarse.

—Adiós, adiós, me dijo entonces. Es necesario que los decretos del cielo se cumplan... Ya usted vió patentemente el dedo de Dios.

A un signo suyo, dos hombres tomaron en brazos á Antonio para llevarlo á la lancha... Quise gritar.... dar á mi amigo el último ósculo....

¡Imposible.

—Esté usted tranquilo en nombre del cielo, me gritó el doctor. El norte está soplando ya.... en cinco minutos estaremos á bordo... y todo habrá pasado. Adiós, otra vez. Vamos, Germán; añadió empujando al sepulturero.

—¡No, no! exclamó éste. Aquí me quedo: mi hijo ha muerto, y toda esperanza está perdida.

—¡Desgraciado! repuso el doctor. Abandona para siempre este sitio horrible.

—¡No me place, vive Dios! repuso el sepulturero con voz hueca y formidable. Aquí, aquí tengo de permanecer para llorar lágrimas de sangre...

Apretóme con viveza la mano el doctor, murmurando en mi oído:

—Cuide usted á este desventurado padre, y provea por cuenta mía á su subsistencia. Es preciso, por lo mismo, no diferir por más tiempo esta partida.

Y convirtiéndose al atribulado Germán, díjole con acento vivo:

—Quédate, pues, amigo mío: la Providencia vele sobre tí.

El sepulturero se prosternó sobre la arena.

Dos minutos después, todo había desaparecido como una mágica é infernal visión... como una de esas horribles pesadillas que dejan en el cerebro un estilete atravesado. Sólo se oía el bramido del norte y el rumor formidable de las olas... ¡¡¡ Qué noche... qué escena!!!

Fué un mutuo consuelo para el pobre Germán y para mí el hallarnos reunidos.

Allí nos amaneció expuestos á la impetuosidad del temporal. Nada se descubría en el horizonte... Al pie del "Astillero" reinaba siempre un hervidero; pero ni un solo vestigio vimos allí que pudiese recordar la espantosa catástrofe que habíamos presenciado.

Nos encaminamos al pueblo, y di orden que se recogieran los caballos. Instalé al pobre anciano en casa de un amigo suyo en el barrio de San Román y, conforme á las instrucciones que me había dado el Dr. Frutos, inmediatamente que llegué ayer me presenté á la autoridad dándole parte

de la fuga de Antonio. Algunas diligencias se han practicado sin mayor empeño, según veo. Como parece claro á estos señores, que la fuga del enfermo ha sido para un país extranjero, no es mucho lo que se apuran en el asunto.

Después de este breve relato, que me reservo ampliarte á nuestra vista ya puedes figurarte cuál será la horrible situación de mi espíritu.

Adiós, querido mío: voy á ocuparme de los asuntos de nuestro desgraciado amigo.

FIN

NOTA.—Hace algún tiempo que estoy ocupado en bosquejar una extensa novela que bajo el título de "Los filibusteros del siglo diez y nueve," pienso publicar en mejor ocasión. "Un año en el hospital de San Lázaro" no es más que un episodio de esa novela, y por lo mismo, es aquí en donde realmente debe terminar. Sin embargo, aunque sea destruyendo el interés de la novela principal, diré que "Antonio" quedó enteramente curado de su dolencia, se halló en la toma desgraciada de Missolonghi, en la Grecia, y á principios del año de 1837, vivía aún en la ciudad de Smirna.

JOSE TORRISA.

## INDICE

---

Carta XXI	De Manuel á Melchor...	1
" XXII	" " " " ...	32
" XXIII	" Antonio á " ...	71
" XXIV	" Manuel á Antonio...	99
" XXV	" " " " ...	127
" XXVI	" Regino " " ...	151
" XXVII	" Antonio á Manuel...	175
" XXVIII	" Manuel á Melchor...	211
" XXIX	" " " " ...	225
" XXX y última.	De Manuel á Melchor.....	251

---

Pa



